

## DESDE BUENOS AIRES

## EL ARTE Y EL AMBIENTE

Las ideas expuestas por Ricardo Rojas á un periodista que lo ha entrevistado recientemente, arrojan de nuevo luz de actualidad sobre el viejo problema del ambiente que nuestra América puede ó nó ofrecer al arte y á las letras. Ricardo Rojas, á quien hemos aludido en más de una de estas crónicas, y á quien consagramos un estudio serio, es una figura sobresaliente entre la juventud intelectual de la República Argentina.

Referíase él á la opinión pesimista de la mayoría de los jóvenes escritores americanos respecto al medio social en que se agitan ó vegetan y al cual no titubean en acusar de pobre y refractario; y se refería á ella para combatirla, ciertamente, ridiculizándola hasta cierto punto, y haciendo en definitiva, ver el engaño que padecen los que la sustentan y el absurdo que hay en ir al otro lado del Atlántico á buscar lo que, de no existir aquí, nadie sino ellos podían llegar á formar.

Se ve, pues, que en Buenos Aires como en Santiago—y al decir Buenos Aires y Santiago, decimos Lima, Río Janeiro ó México—se observa la misma cuestión de la falta de ambiente para la profesión literaria, ó artística, cuestión de que nosotros, por nuestra parte, estamos oyendo hablar desde que nos lanzamos á garrapatear carillas para el público. Semejante observación no importa un hallazgo y no podría enorgullecer sino á Pero Grullo, que diz que anda por ahí repartiendo verdades prehistóricas. Con todo, como nada hay absoluto, preciso se hace analizarla y saber, á la postre, en qué consiste. La falta de ambiente, la diferencia ó desapego del público por la producción intelectual proviene, ante todo, del analfabetismo promedial, de la escasa difusión de la cultura. Esto parece evidente. Pero también puede provenir de la calidad de esa producción, lo cual no es ya culpa del ambiente sino del sujeto que produce.

Porque es un detalle curioso de observar este de que, mientras la América ha sido y sigue siendo el mejor mercado para los libros y objetos de arte europeos, sigamos los escritores y artistas americanos quejándonos de no poder vivir del ejercicio de nuestra profesión. Es muy fácil y cómodo dárselas de incomprendido. Pero no es ya tan cómodo ni tan fácil hacerse comprender, y, sobre todo, interesar.

La primera causa de la escasa difusión del libro—y al leer libro, entiéndase obra de arte en general—reside en la desvinculación intelectual de todas las naciones en el nuevo continente. Reducida la población total de cada una de ellas, es mucho más reducida aún la población alfabeta ó letrada; y si á esto se agrega el aislamiento que señalamos, nada más lógico que el fracaso que importan las ediciones hechas dentro de cada frontera. Ricardo Rojas afirma que no sube de doscientos ejemplares el número que se vende de las obras de los escritores más conocidos en Buenos Aires. Y sin embargo, sólo en esta inmensa capital hay algo más de doscientos lectores. Y la lengua castellana se habla en las cinco partes del mundo...

La segunda causa, la más importante á nuestro juicio, debe buscarse en la calidad del producto. No queremos entrar á discutir si es ésta la mejor ó peor que la del producto importado. Concedemos que se equiparen. Admitimos que, salvadas las proporciones y dentro del justo medio, haya tanta médula en la producción indígena como en la que, original y raducida, nos envían las naciones europeas. Nuestra producción debería traer sobre la otra una ventaja insuperable en su propia nacionalidad. Por extraña aberración del gusto, déitase el público con todos los exotismos que les imponen los libreros. Y nosotros, con la pluma quieta ante las carillas inmaculadas, no hacemos más que elegías en prosa y en verso para amentar la falta de ambiente...

¡El ambiente! Si no existe, hay que crearlo. Si se pudiera importar en latas, como las conservas, ya se habría podido pedir la intervención del Estado. Pero si no lo forman con su trabajo los mismos productores, imposible saber de dónde podría salir. Escribiendo obras que á nadie interesan, no hay derecho á esperar que se forme. Charlando, murmurando, discurriendo, maldiciendo unos de otros, tampoco lo hay. Protestando ó quejándose, mucho menos. Y muchísimo menos desertando de las filas y entregándose á la inacción, para ir á engrosar las de las burocracias ó de la emigración flotante que ha estudiado Blest Gana en sus *Trasplantados*.

Aquí, como en Chile, hemos conocido una infinidad de jóvenes cuya única ocupación visible consiste en publicar por períodos irregulares un libro de versos, cuentos ó artículos de una calidad muy discutible, y, en general, "desambientados", esto es, ex-

traños al medio á que pertenecen. Es todo lo que hacen. Y con eso creen con extraordinaria buena fe tener derecho á entablar acusación de sordidez y de fariseísmo contra sus conciudadanos, porque aquella literatura no les interesa ni les agrada. Esta manera de hacer literatura coloca á ésta á la altura de una manía ó afición cualquiera, inofensiva y moral tal vez, pero sin título ninguno á la consideración especial del resto de los hombres; pongo por caso, la filatelia. Coleccionar estampillas es una tarea que encanta á los que la practican; pero, al menos que nosotros sepamos, á ningún filatélico se le ha ocurrido protestar contra la falta de ambiente. Es tiempo ya, pues, que se dejen de mano esas imputaciones y se realicen esfuerzos más honrados y más viriles hacia la acción fecunda que corresponde á todo intelectual. Es tiempo ya de encarar la cuestión con franqueza y sin contemplaciones para con la vanidad personal ó colectiva. Confesemos sin rubor que hasta ahora nuestra literatura ha adolecido de inferioridad con respecto á la que nos llega del exterior, y que no hemos sabido, extraviados por modas que nos deslumbran como á los salvajes los abalorios de vidrio, crear una literatura capaz de atraer hacia sí las preferencias del público. Por otra parte, desafecto el autor á las grandes cuestiones, que son la natural preocupación de las multitudes organizadas, encogíendose de hombros ante los complejos problemas cuya solución interesa á los hombres, rehuye la lucha, deserta los campos en que pugnan ideales y apetitos, niega su acción individual á la vasta acción común, hace un culto del absentismo más estéril y abdica, por consiguiente, de su derecho á ser oído, y alentado, y estimulado. No puede ya el escritor seguir en su torre de marfil; y si persiste en permanecer en ella, no le espera otra suerte que la de todo recluso.

José Enrique Rodó, el poderoso pensador uruguayo, acaba de pronunciar en una entrevista celebrada con un joven escritor español, palabras definitivas acerca de la misión de la literatura en los países jóvenes. Sólo el temor de hacer demasiado extensa esta correspondencia nos priva del placer de reproducirlas aquí, para lección de todos esos excelentes muchachos que estiman de una suprema aristocracia y de una distinción muy artística "no bajar al arroyo", esto es, no intervenir con el gesto de su pensamiento y de su acción en el tumulto de los pueblos, cuyo analfabetismo les repugna. Solemne contrasentido, y les repugna porque no les conviene, porque les perjudica; pero no hacen nada por combatirlo ó anularlo.

Cuando se haga el balance de la actual generación literaria en América, se dirá en su favor que hizo mucho bien con las innovaciones que introdujo en los procedimientos, con la renovación enorme que ha realizado y cuya transcendencia ya no se discute; pero se dirá, también, y esto irá al debe, que hizo mucho mal, por cuanto se desentendió de su misión social educadora, encerrándose durante largos años en su egoísmo infeccioso y esterilizador, impropio del régimen democrático de estas sociedades nuevas y de esta época de acción múltiple é incesante. Discutiendo sobre estas mismas cosas, el joven sabio español Ortega y Gasset decía no há mucho que el arte no sólo "puede", sino que "debe" tener una misión social. Y así lo decía hablando por Europa, cuya civilización es modelo de la nuestra, ¿cómo puede el intelectual americano contentarse con rimar palabras bonitas ó fantasear con aventuras esotéricas, y exigir luego que le responda el ambiente?

Al lado de la acción literaria y sin perjuicio de ella misma, tiene el intelectual americano una inmensa acción social que ejercer. Ejérsala, y verá cómo de la cultura que él contribuya eficazmente á difundir, nace al fin ese ambiente de cuya ausencia se queja y que nadie está en mejores condiciones de crear que él mismo.

VICTOR DOMINGO SILVA.